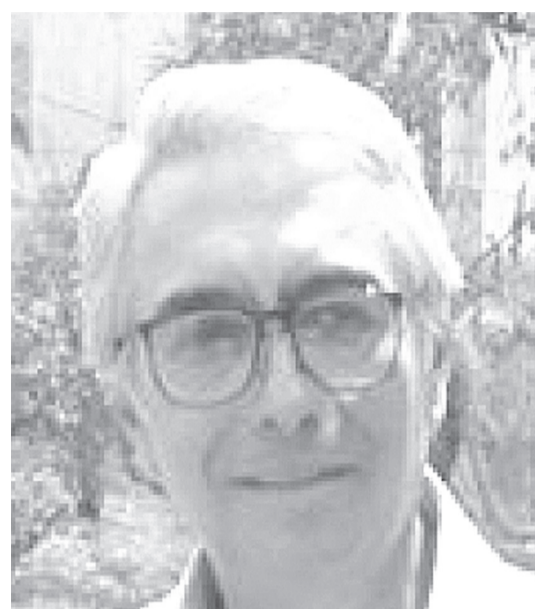




La carne es débil

» LA ENCOMIENDA DEL SACERDOTE



Alfonso Diez García
Cronista de Tlapacoyan
alfonso@codigodiez.mx

Hace unas semanas, el pasado 26 de mayo de 2014, se publicó en estas páginas la crónica titulada "Una misión por cumplir", en la que este cronista se refirió a algunas semejanzas entre el psicoanalista y el sacerdote, por un lado y por otro a una misión que supuestamente tenía que cumplir, la cual me fue encomendada por un sacerdote que, cuando hablamos ampliamente de cierto caso en particular, creyó ver una señal divina de que tenía que llevar al cabo la misión que más adelante detallaré.

Recibí, en las semanas que siguieron a esa publicación, muchos mensajes vía correo electrónico de lectores que querían saber en qué había terminado la encomienda: ¿Había realizado la misión? ¿La había cumplido? ¿De qué se trataba?

Había ofrecido en la crónica mencionada que en alguna edición posterior podría dar detalles de cómo había evolucionado. Llegó el momento de hacerlo y cumulo también, de esta manera, dando respuesta a los apreciables lectores que me han escrito.

Antes, veamos los antecedentes. La encomienda se hizo de la siguiente manera:

Un sacerdote, prestigioso, de la Ciudad de México, muy preparado, con una gran experiencia, perceptivo como no he conocido a otro, me aseguró que yo tenía una misión que cumplir. Se refería a la vida de una persona muy cercana a mí en Tlapacoyan. Me dijo que yo la tenía que proteger y velar por el futuro de sus hijos, que mi misión era "darle calor a su vida", me dijo textualmente. Yo le respondí con toda franqueza que no veía cómo era posible que con dos horas escasas de habíamos estado hablando acerca de esta persona y de otras, incluidos diversos temas, él ya había recibido una señal que ahora me transmitía; aclaro que antes de comunicarme lo anterior nos habíamos separado por espacio de poco más de media hora porque el tenía que oficiarse misa y me pidió que lo esperara. Me dijo que confiara, que creyera en él y que por ningún motivo abandonara la misión que me había sido encomendada. Me despedí de él con una gran paz interior. Aclaro también que no había ido a confesarme, somos amigos y siempre platicamos muy a gusto, pero ahora se dirigió a mí como quien cumple con un deber. No pongo en duda, en absoluto, que él efectivamente creyera en lo que me estaba diciendo, pero no comparto su fe en ese tipo de señales.

Días después, me reuní con la persona que me había sido encomendada en la misión de que hablé antes, le conté lo que había sucedido con el sacerdote y le dije de quién se trataba y ella me dijo que pensaba que la señal era cierta, que ella sí creía que ese tipo de cosas sucedieran. A la siguiente semana me reuní de nuevo con el sacerdote de la Ciudad de México y tuvimos oportunidad de platicar alrededor de quince minutos antes de que llegaran otros de nuestros amigos; me preguntó por "la misión que tenía yo que cumplir" y finalmente me pidió que llevara a hablar con él a la persona que me había encomendado, que era sumamente importante. No me aclaró por qué.

Me parece que es evidente que mi amigo, el sacerdote de la Ciudad de México que me encomendó la misión referida, encuentra mi tranquilidad para analizar y explicar los problemas adecuados para realizar la encomienda. Y creo que más que una señal divina, como él me hizo saber, influye en su ánimo el respeto intelectual que nos tenemos y su idea de que soy el adecuado para llevar al cabo la misión.

Han transcurrido casi seis meses del encargo y puedo ahora comentar aquí lo siguiente:

La persona a la que tenía que ayudar tenía (tiene) muchos problemas. Evidentemente no puedo proporcionar su nombre ni dar detalles acerca de ella, pero sí comentar que se trata de una joven que tiene que velar sola por sus hijos pequeños. La apoyé en todo lo que pude, le ayudé a resolver algunos problemas, pero lo fundamental, el futuro de sus hijos, no estuvo finalmente al alcance de mi mano porque, como dice otra amiga, la carne es débil y en consecuencia, como era previsible que el individuo al que se unió con ella debía proteger iba a intervenir de manera negativa, di por terminada mi encomienda.

El camino ideal a seguir por los niños hubiera sido el de la superación, tanto espiritual como intelectual. Lo primero se logra con el ejemplo y con pláticas frecuentes a medida que los niños crecen; lo segundo motivándolos a leer, a estudiar, ayudándolos a resolver problemas escolares que, a medida que crezcan, serán cada vez mayores. La meta era que se convirtieran en personas preparadas para superar problemas en cualquier ámbito, pero no se pudo. La misión no se pudo llevar al cabo. ¿Fracasó? Sí. Y esto nos debe de llevar a la conclusión de que el sacerdote se excedió en las esperanzas que tenía de que la persona que había que apoyar pusiera por delante el bienestar de sus hijos y no los personales, como sucedió.

¿Y qué pasó con ella? Su destino es todavía incierto. No es posible saber si retomará el mejor camino, por el bien de sus hijos, o seguirá con el de su satisfacción personal.

Al sacerdote le di una información muy amplia sobre todo lo que había sucedido y se entristeció de tal manera que me pareció ver sus ojos más brillantes que de costumbre, probablemente por alguna lágrima contenida y a punto de aparecer. Le dije que no lo tomara de manera personal, que tenía que considerar que algunas de sus encomiendas no iban a tener éxito y me respondió que él tenía mucha fe en que ésta sí lo iba a tener. Me confesó que inclusive había hablado con su superior y le había comentado del caso y que había éste visto también con mucho interés cómo se desarrollaba la encomienda.

Mi conclusión parte, como mencioné al principio, de que yo inicialmente no creí en la supuesta señal que había visto el sacerdote para hacer el encargo. Posteriormente casi quedé convencido de que podía ser posible, empujado, en parte, por la seguridad que la misma protegida tenía en que tal señal se podía dar y se había dado en su caso. Pero ahora comento a ustedes, queridos lectores, que confirmé que el sacerdote se equivocó. Él dice que fue la carne la que triunfó sobre el espíritu, yo veo todo de otra manera, escéptica. Vuelvo a mi posición inicial de que tales señales no existen.

El caso del otro sacerdote

Con cierta frecuencia, me reunía con un religioso que conocía de años atrás y visitó hace un tiempo la población. El año pasado regresó a Tlapacoyan por un día y retomamos temas acerca de los cuales nunca terminamos de reflexionar. Una caminata por el parque central, o plaza de armas, estuvo plagada de puntos de vista encontrados acerca de cuestiones filosóficas. La carrera le había exigido a él meterse de lleno en la filosofía y en mi caso fue el tema central de años de estudios. Le han asignado ahora una misión importante en el Vaticano. Hablamos entonces de los evangelios y le comenté acerca de mi propio trabajo, al que titulé "El Evangelio Fantástico". Le hice un resumen del mismo y me pidió que lo publicara en las páginas de estas crónicas y una vez hecho eso se lo enviara al Vaticano. Lo publiqué el pasado 22 de septiembre y durante la conferencia que impartí en la iglesia de El Cerrito, el 20 de octubre siguiente, tuve la satisfacción de informar que el trabajo publicado ya se encontraba en la Santa Sede. No publiqué entonces, ni lo haré ahora, el nombre del sacerdote, mi amigo, con el que reflexionaba caminando por el parque, porque cuando le dije que iba a hablar algún día sobre el caso que relaté en estas crónicas, me pidió expresamente que no mencionara su nombre.

La carne es débil

Otros casos que se publicaron en la crónica alrededor de la cual hemos estado dando vueltas ahora son los de la que me quería besar la mano y la de otra persona, que quería que la confesara. En ambos di pormenores de todo lo que había sucedido, de como mi amigo sacerdote, el que ahora está en el Vaticano, casi me empujó para que me hiciera yo cargo de la que quería que le diera y cómo, finalmente, terminé dándole terapia de apoyo, combinada con un ansiolítico, para solucionarle un problema de depresión que la aquejaba.

Resultado ahora que dos damas que viven en Martínez de la Torre leen mis crónicas cada semana y leyeron el caso

completo que mencioné antes, de la señora a la que di terapia de apoyo. Sabían, también, por la misma crónica, que un colega, profesor de Psicología de la Universidad Americana de Acapulco, en la que di clases hace años, me propuso establecer una clínica de terapia de apoyo psicológico, así que conocían de mi inclinación por tal disciplina. En cierta ocasión me plantearon por correo electrónico el problema que enfrentaba una de ellas. Llamémosles Esperanza y Gertrudis. La del problema era Gertrudis. Finalmente me vinieron a ver a Tlapacoyan.

Gertrudis es joven, tiene 36 años de edad. Hace cuatro murió su marido y unos meses después conoció a un hombre que le llevaba siete años de edad, Juvencio López. Éste se dedicaba a reparar pisos, techos y en general casas particulares que tuvieran problemas. Decía que era ingeniero civil, pero en realidad no había terminado ni la secundaria, según pudo constatar Gertrudis en alguna ocasión que tuvo acceso a sus documentos personales.

La carne es débil y en cierta ocasión en que Juvencio acudió a realizar trabajos a la casa de Gertrudis, ella se involucró en una relación sexual con él. Casi mecánicamente siguieron adelante con esa relación. Gertrudis tenía dos pequeños que estudiaban apenas la primaria y aprovechaban cuando estos estaban en clases para verse. Había ocasiones en que se iban a pasar el fin de semana a Casitas o a algún otro lugar cercano.

Juvencio era casado, pero se hacía pasar por separado. Gertrudis intuía cual era la situación del hombre al que se estaba entregando, pero nunca hizo nada por averiguar la verdad. La relación nunca llegó al grado de profundizar en amor verdadero. Era el deseo y la satisfacción lo que la impulsaba.

Un par de años después llegó a la vida de Gertrudis un hombre que le llevaba muchos años de edad. Era Arturo, profesor universitario que había llegado a Martínez a dar unas conferencias, aunque su base de operaciones estaba en la Universidad Veracruzana, en Xalapa. Le cayó tan bien que lo invitó a comer a su casa. Era un hombre con una amplia cultura, respetuoso y muy cariñoso con los niños. Le contó que aunque llevaba muchos años de casado, el matrimonio no había funcionado y se estaba divorciando. Se convirtió en el apoyo principal de Gertrudis. Juvencio no movía un dedo, por falta de preparación sobre todo, pero Arturo era muy capaz y era el complemento ideal para Gertrudis. Algo había entre ellos dos: amor, afinidad, ternura. Ambos lo comprendían, pero ninguno decía nada al otro.

Gertrudis nunca le dijo a Arturo que tenía relaciones íntimas con Juvencio. Esta relación permanecía oculta por diversos motivos. En el caso de él, porque era casado y en el de ella porque no quería ser señalada, condenada por aquellos que consideraran ilícita su relación. Parte de las motivaciones de Gertrudis era su profunda fe religiosa.

El caso es que tras meses, tal vez un año de tratarse, en el que Arturo iba y venía de Xalapa para estar junto a su adorada amiga Gertrudis, descubrió la relación que ella mantenía con Juvencio. Arturo lo había sospechado casi desde un principio, pero ella negaba que existiera tal relación. Como siempre sucede, todos los amigos de la pareja sabían lo que sucedía, menos Arturo. Cuando descubrió que esa mujer, a la que él creía que podría proteger el resto de su vida se entregaba a Juvencio optó por retirarse. Casi de inmediato desapareció el gran amor que sentía por ella y se convirtió en algo parecido al desprecio. No volvió a verla.

Pasó el tiempo y Gertrudis descubrió que cuando no veía a Juvencio, que en ocasiones era por varios días, él se dedicaba a otra chamacaca; no tan bella como Gertrudis, pero algo tenía que jalaba a Juvencio para estar en su cama más veces que las que le dedicaba a Gertrudis. El problema, en realidad, era que Juvencio no tenía capacidad amorosa, se servía de las mujeres, se satisfacía con ellas, pero no las amaba y nunca iba a cambiar ni resolver el problema psicológico que enfrentan este tipo de individuos no tiene cura. Además,

estalló el problema con la esposa de la que según Juvencio ya estaba divorciado. Alguien le avisó a ésta del amasiato que sostenía su esposo con Gertrudis y le armó un verdadero melodrama teatral fuera de su casa. Gertrudis, entonces, se dio cuenta de que este hombre no era el indicado para ella y tampoco para los niños. El ideal hubiera sido Arturo, tanto para la educación de los niños como para la realización de ella como mujer. Era el hombre que necesitaba para su futuro, para conservar la unión de toda la familia.

Para eso me vino a ver a Tlapacoyan. Primero que nada me pidió mi opinión y desde luego, coincidí con ella. Luego me pidió que la ayudara: ¿Cómo podría recuperar a Arturo, cuando él seguramente la tenía por una mujer despreciable?

Hicimos un plan. Como dice el dicho, no hay peor lucha que la que no se hace. Habría un festival literario en Tlapacoyan que yo iba a conducir, así que localicé a Arturo en la Universidad de Xalapa y lo invité. Por supuesto, Gertrudis también asistió. Cuando él la vio, ni la saludó. Ella se sintió perdida, pero le pedí paciencia. Por la noche llevé a Arturo a cenar y le platicué todo lo que había sucedido. Afortunadamente se trataba de un hombre educado, caballeroso, que entendió que Gertrudis se había involucrado en una relación sin futuro antes inclusive de conocerlo a él. En adelante, no se separarían, asistieron a la mayoría de los eventos juntos. Cuando no llegaban era porque se habían ido a disfrutar de la comida solos. No estuvieron en la clausura del festival y posteriormente Gertrudis me vino a ver para darme las gracias. "Platicó usted con él solamente un de horas", me dijo, "Y lo convenció. ¿Cómo le hizo?"

Le conté entonces que la preparación de Arturo, en la que yo confiaba, su don de gentes y su caballerosidad fueron los que lograron que volvieran a estar juntos.

Esperanza, la otra persona que me vino a ver desde Martínez de la Torre, tiene un problema muy grave, pero su caso ya no tiene cabida en estas crónicas. El espacio lo impide.



EN ESTA FOTO, DEL PRIMER CUARTO DEL SIGLO XX, se ve la calle Cuauhtémoc todavía empedrada y todavía no existe el Hotel Croche, actual Hotel Plaza



MAGNÍFICA VISTA AÉREA DE Tlapacoyan, tomada desde el norte de la ciudad, en la que se ven la Parroquia de la Asunción del lado de la calle Hidalgo, la plaza de armas y el palacio municipal.



ALGUNOS DE LOS ASISTENTES AL FESTIVAL literario que se menciona en esta crónica

TRABAJO Y ARMONIA--PROSPERIDAD Y UNIDAD

La Unión Autónoma de Proprietarios de Automóviles de Alquilador de Tlapacoyan, Ver., cuyos directivos actualmente son los señores Mario Ramírez, Matías Jácome y José Marián, presidente, secretario y tesorero respectivamente, trabajando incansablemente por mantener la buena armonía en la organización, han logrado que veinte cho miembros de la misma, res pondan a los llamados que, ésta les, hizo para estudiar los diferentes problemas que la aquejan y los resolviendo a medida de sus posibilidades de la misma.

En esta ocasión, pendientes de los actos trascendentales, se permiten felicitar cordialmente al C. Lic. Antonio M. Quiroz gobernador del Estado de Veracruz y le desean rotundo éxito en su periodo de gobierno.

Por el sitio "Hidalgo" Gonzalo Cabañas, Agustín Berrionto, Vauxiano Rivera, Matías Jácome Horánzoz, E y orardo Cabreza, Manuel Botello Guevara, José Peña, Vicente Santistóban, Hormelindo Bonilla. Por el sitio "Cinco de Mayo" Hipólito de la Botzaga, Clotilde P o r d o m o, Jorge Bonavides, Goldino Jarillo Jr., Agustín Espinosa e Ignacio Ruiz y por el sitio "Llave" Mario Ramirez, José Suárez, Germán Castañeda, Olga Ramírez, Vicente Díez, Adalberto Castellano, Goldino Castellano, Justino P o r d o m o, Francisco Alarcón y Doraíra.

UNIDADES DEL SITIO "HIDALGO", Tlapacoyan, Ver.

UNIDADES DEL SITIO "5 DE MAYO" Tlapacoyan, Ver.

UNIDADES DEL SITIO "LLAVE" Tlapacoyan, Ver.

AL COMENZAR LOS CINCUENTAS HABÍA tres sitios de taxis en Tlapacoyan. Limpieciticos, ordenados, merecieron un reportaje.